

UN CHICO DE LUTO

(CUENTO)

HACÍA un calor sofocante. Los muchachos que vivíamos en pisos altos no podíamos soportar tanto calor. Echaban fuego el techo y las paredes. No se podía dormir. Nuestras madres nos mandaban, después de cenar, a la calle mientras ellas pasaban unas horas de charla, entre abanico y botijo, de balcón a balcón. Nos sentábamos en el borde de la acera. Una noche de Agosto contaba uno de los chicos, con voz tétrica y emocionada, el cuento de la mujer que robó y comió en compañía de su marido las *asaúras* de un muerto... Y, luego, el muerto—¡que voz sacaba aquel chico!—iba pidiendo: «Dame mi *asaúra* dura que me sacaste de la sepultura.» Ni respirábamos siquiera.

¿...Y si fuésemos al cementerio?

¿Quién había dicho que fuésemos al cementerio?

Sí, vamos.

Y fuimos. Sentados en la pared del cementerio, dentro de un silencio que nos apretaba, veíamos sombras y sombras flotar en un aire que parecía agua sucia. Estas sombras se nos hacían muertos que, también, flotaban, en un lago, como ahogados suicidas. La noche estaba muy oscura.

Había ido con nosotros un chico que apenas conocíamos. Sólo llevaba viviendo en nuestro barrio tres o cuatro días. Vestía el chico de negro, calcetines y zapatitos muy limpios y negros. Era flacucho, pálido y olía bastante a aceite de hígado de bacalao. Aquella noche, sentado en la tapia del cementerio estaba lívido, parecía absorbido por una luz maléfica. Y, he aquí, que este chico abriendo los ojos desmesuradamente, gimiendo y agarrándose a la pared, como si se agarrase a la vida en apuradísimo trance, con voz de ultratumba que le salía de lo más hondo, medio llorando, lleno de dolor y presintiendo su última hora, gritó: «¡Mi padre!».

Nos tiramos de la tapia al vuelo. Trabajo nos costó subir, pero el bajar fué cosa de abrir y cerrar los ojos. Sin saber a donde, sin mirar para atrás por si acaso por la mirada nos cogían y nos metían los muertos dentro de sus tumbas, oscuras y húmedas, corrimos, a reventar, campo adentro, en busca de un amparo paternal, pero de padre vivo. Jadeantes íbamos, siguiendo con esfuerzo sobrehumano al que más corría, hasta que nos faltó aire. Y, en nuestra asfixia, no tuvimos más remedio que parar. Creíamos que no podríamos correr más, que ya no había más tierra que pisar y era un abismo lo que delante se nos ponía. Lastimosos y dolidos estábamos, procurando sin decirnos nada, descubrir las luces del pueblo, cuando un perra-

zo, de esos que llaman de ganados y que más hechos están para lobos que para otra cosa, saliendo de lo más tenebroso de la noche, vino hacia nosotros ladrando y mordiendo la estopa de un aire espeso. A uno se le ocurrió gritar: «¡A los árboles!». Cerca teníamos dos o tres encinas que nos acogieron bien. El perro ladraba con tal brío, que yo jamás he oído ladrar como ladraba aquel perro. Todos llorábamos a más y mejor. En el árbol que yo ocupaba estábamos tres agarrándonos unos a otros con un temor loco a caer en la boca del perro, donde preveíamos nuestros cuerpos destrozados a dentelladas.

—Bajad, muchachos—nos dijo un hombre, agarrando el perro por la collera. Y bajamos, sí. Bajamos aún no teniéndolas todas consigo.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Pues, verá usted: estábamos en la calle tomando el fresco y va uno y dice: «Vamos al cementerio».

El hombre nos escuchaba y reía.

—¡Ja, ja, ja...!

Que mal me sonaba aquella carcajada, intranquilo y pendiente como estaba por el perro. Pensaba: «A este hombre con la risa se le va a soltar el perro y luego veremos lo que pasa».

Nos acompañó el hombre, siempre con su perro a mano, hasta la carretera. Una vez en ella echamos a correr de nuevo con un afán enorme de llegar a casa. Uno comentó: «El hombre ha soltado al perro.» Volábamos. Aquella desenfrenada carrera nos llevó a nuestra calle, que era un hervidero de padres. «¡Ya están aquí!... ¡Ya están aquí!...», gritaban. Y desaparecimos entre manos como cosa de encantamiento. «¡Qué paliza me dieron! Aún después de haber pasado muchos años, lo mejor es no acordarme de ello.»

* * *

Anduvimos castigados en casa, varios días. Cuando nos vimos, los comentarios fueron:

—Que alto era el padre de aquél... Parecía que nunca iba a acabar de salir de la sepultura.

—Iba de negro... Lo que se parecía al hijo, ¿eh?

—¿De negro? ¡Mentiroso! Yo sí que lo ví. Estaba en esqueleto.

—Eso, eso, en esqueleto.

—Y al andar le hacían los huesos chás, chás, chás...

—La calavera con aquella nariz tan cortina y los ojos...

—¡No!, no tenía ojos. Las calaveras no tienen ojos.

—Bueno, pero nos veía por aquello tan oscuro que eran los pozos de los ojos.

—A mí me tiró de los pies.

—A mí...

En esto andábamos, cuando se presentó en la reunión el chico del traje negro, que no habíamos vuelto a ver desde el día del ce-

menterio. Lo teníamos casi pensando en la tumba con su padre y fué para todos una aparición. El saludo fué general:

- Cómo vimos la otra noche a tu padre... Este no se lo cree...
- ¡Que no se lo crea!
- Mira que venía...
- Yo tenía un miedo... A mí de los vivos lo que quieran, pero de los muertos..., vamos que no lo puedo remediar, se me pone la carne de gallina, me tiembla hasta el aliento, ¡no lo puedo remediar!
- A mí, también, me da miedo.
- Bueno, vamos por partes—dijo uno que era un fanfarrón—, yo no he dicho que me daba miedo.
- Y tú, ¿donde te quedaste?
- Me cogió mi padre.
- Nuestra angustia rebasaba todo límite, nos ahogábamos...
- ¿Que te cogió tu padre?
- Sí, me cogió...
- Y ¿qué te dijo?
- ¡Cuenta, hombre, cuenta! ¿Qué te dijo?
- No, si no me dijo nada. Me pegó una paliza muy respetable y no me ha dejado salir de casa hasta hoy.

JESUS DELGADO

AVISOS

La noble indignación ante el desorden y las flaquezas implica un sentido humano más profundo que el frío desprecio y el sarcasmo petulante: hay que ver las cosas con mirada de carne y hueso, no con alambique de laboratorio.

El hombre que no se da a sí mismo en su obra, lega a la posteridad chochez de anticuario y comadreo de rebotica: las cosas adquieren valor humano por la dosis de alma que ponemos en ellas.

El presente es la silueta divisoria entre lo que hemos sido y lo que anhelamos ser, punto de unión entre el pasado y el futuro: el momento operante y fecundo es lo que importa; lo demás es tiempo perdido.

El extremeño es como la rugosa encina, seco, áspero, algo insociable y bastante discolo, pero fecundo, austero, solemne e inmovible: el fondo de su alma, empero, exhala el rocío de infinita ternura.

«PRUDENS»

LIRICA SOBRE EL CANAL

OCTUBRE

No durmamos para soñar. Soñemos despiertos.

Y llenemos nuestras retinas de un mismo paisaje, siempre repetido. Un paisaje alegre, serio, fecundo. La fecundidad es siempre seria. Y alegre.

Olivos, olivos... Senaras de pan traer. Huertas—coles y coles—. Eras en donde aún se yerguen los panes de las hacinas. Las trilladoras ponen la nota de fealdad—nuestro triste siglo XX—entre la alegría del oro más amable. Lanzan al cielo por última vez—las faenas tocan a finalizar—las bocanadas de humo del enorme cigarro de su chimenea.

Un pueblito, Torremayor: un atrio—geometría euclidiana—encierra una iglesia extremeña—más romántica que gótica, o romana por fuera, goda por dentro—. La recta de la carretera atraviesa el pueblito alargándolo todo lo que puede.

Más olivos, más senaras, más barbechos. Más huertas. Eras. Otro pueblo: La Garrovilla. A la salida preparan—en las bodegas—el líquido de Baco. Minerva, Ceres... y, alguna vez Baco. ¡Me gusta el cuadro!

Repitamos el panorama. Pero sigamos adelante.

Pronto el abuelo Guadiana se asoma para vernos. Sin mucha prisa—desde luego—, pues es viejo y ya no anda. Se contenta con reptar detrás de estos cañaverales gigantes. Salimos a su encuentro. ¡Pobre abuelito río! Debe estar muy grave, pues está muy entablillado.

Una grúa saca piedras. Una grúa pone piedras. Un hombre, otro; otro lleva un tablón. Este empuja una vagoneta: ¡Buenas tardes!

Y mientras chirrían los cabrestantes, mientras suenan las piquetas del cantero, miro al cielo. Un cielo azul oro, unas nubecillas acarameladas.

En medio de las piedras el río—un canalito estrecho, debajo de un puentecito de madera—no sé que dice o suplica. Se ensancha prodigiosamente y su lentísima marcha semeja un lago tranquilo. Una barca sin quilla viene hacia mí. Y más allá—telón de fondo—una cordillera blanda alza su lomo cerrando el horizonte.

Todo esto es la Presa de Aljucén que desviaré el cauce. Aquí mismo la boca del Canal. Muy ancha. Y muy sólida. Como las piedras de sus altos muros fueron puestas sin labrar, tengo que acordarme de los muros ciclópeos, algunas de ellas están encendidas de rubor; éstas miran hacia afuera. A la derecha una casita muy linda mira—desde un alto—muy alegre, yo diría que sonríe, la misma boca del